

Vanessa Stiennon • Pedro E. Jiménez

## **In Vitro Veritas**

Venturas y desventuras de unos  
reproductores asistidos

Vanessa

*A la doctora Anna Martí por hacerlo posible.*

*A Sara Banal por ayudarme a recuperar la fe.*

*A Julia Jiménez Mirón por cuidar de nosotr@s.*

Pedro

*A todos los que nos han acompañado en el camino y a Olivia por llegar.*

Presentación

## Cuando el mundo nos duele y la vida nos sana

*Hay días que las emociones ganan por goleada a la razón, y me sobreviene lo que denomino «mal de mundo». Y entonces pido al cerebro y al espíritu que hagan un buen puñado de horas extras.*

*Jordi Clotas, 2010-2016, 365 frases que me desdican*

Desde que tengo uso de razón y una mínima capacidad para comprender la palabra escrita, suelo torturar a los libros que caen en mis manos con un interrogatorio breve, conciso y directo. Lo primero que les pregunto —pura arrogancia— es qué me van a explicar que ya no sepa. Lo segundo que les exijo es que me transporten hacia esa comarca hermosa del continente humano llamada *empatía*. Y ya puestos a pedir a una historia que se corone ante mí *cum laude*, la reto a que me conmueva y agite sin contemplaciones un buen puñado de mis emociones más esenciales. Huelga decir que en el universo editorial al final son muchos los llamados y pocos los elegidos. Y me complace confesar que éste es precisamente uno de ellos.

Lo que se presenta *a priori* como un docudrama, con un formato más cercano al ensayo y al libro práctico que a la narrativa, se va transformando sin paliativos ni concesiones en el diario de a bordo de una experiencia fascinante. Un viaje con aire de *thriller*, cuyo trayecto se va poblando de seres mitológicos y engendros macabros, nos cuenta las tribulaciones de unos padres cuya vida se altera hasta límites insospechables cuando deciden abordar un objetivo tan aparentemente sencillo como... traer un hijo al mundo.

De la mitología de la tortuga —bella metáfora, más o menos consciente, de la longeva lentitud de un proceso que llega a momentos de desesperante parálisis— a la del pingüino —ese ser que habita en las gélidas tierras de recónditos paraísos boreales olvidados por el hombre—, pasando por la intuición del perro, el más fiel amigo del hombre, que anticipa el desenlace de una trama compleja, estremecedoramente humana. Y quiere el azar además que el nombre del perro, Fénix, nos ponga sobre aviso de la cantidad de cenizas y esperanzas quemadas de las que los protagonistas se verán obligados a resurgir. Y entre esa tortuga que parece no tener prisa, ese pingüino que se lleva sin aviso la solución al frigo y pasa de remedios alternativos y el perro que sabe que le acaba de llegar al mundo una férrea competencia, nuestros dos protagonistas. Víctimas y héroes, derrotados y vencedores, nuestra pareja pasea por el siempre complejo laberinto de las traidoras emociones, a menudo enemigas de la razón, del sentido común, de los mínimos de cortesía, del crédito acumulado por la experiencia positiva del vivir... Y es que entre otras muchas cosas, esta historia nos habla de los dos grandes enemigos de la felicidad: lo que se tiene y corre riesgo de perderse y lo que no se tiene y se desea a cualquier precio. Pero también nos habla del tesón, de la voluntad humana, de la fe, de la capacidad de lucha, del poder de sobreponerse a una adversidad que parece no querer tomarse ni unas vacaciones... y por encima de todo del triunfo del amor sobre cualquier especie de contratiempo y tribulación. Esta es la historia de Vanessa y Pedro, y viceversa. Estamos ante un relato escrito a cuatro manos, dos voces, dos cerebros y dos corazones. Honesto, directo, sin algodones, con momentos radicalmente crudos y sin remilgos. No hay concesión alguna a la ocultación: el dolor es superlativo, la denuncia es clara y directa, el sentimiento se sirve sin aderezo... Asistimos a una vida emocional sin mediaciones, con una espontaneidad en ocasiones hiriente en su sinceridad, pero por ello con un incalculable valor de veracidad incontenida. No hay espacio para esteticismos ni falsas consideraciones ante un sistema de creencias en el que, paradójicamente, ocultamos con la misma precisión tanto la inexorabilidad de la muerte como los contratiempos ante esa empresa natural que consiste en perpetuar la especie y traer hijos al mundo. No será que la Naturaleza no nos esté poniendo sobre aviso de que algo no anda bien en nuestra especie. No será que nuestros protagonistas no nos advierten del daño

infligido por un sistema entestado en ocultar el drama de tantas parejas que pasan por este mismo trance que nuestra pareja. No será que no deja claro el libro que seguimos ante la asignatura pendiente de una urgente campaña de sensibilización global sobre este tema, desde las familias de los afectados hasta el personal médico. Sí, definitivamente algo — mucho — no anda bien.

Quizá este sea el valor principal de este libro: su capacidad para arrancarnos de un zarpazo de nuestra zona de confort para arrastrarnos hasta el epicentro de un drama que tiene lugar diariamente en miles de salas de hospital y dormitorios. Quienes quieran continuar pensando que toda esta tragedia personal es algo llevadero y sean especialmente sensibles al dolor ajeno, mejor que se ahorren la lectura de este libro. Porque duele; porque las verdades salen de la mano de sus protagonistas sin filtros; porque destapa una realidad sobre la que muchos han decidido seguir pasando de puntillas y mirando hacia otras ficciones más lúdicas y falsamente reconfortantes. Hay demasiados momentos sublimes en esta tragedia que podrían no dejar indiferente a nadie, y no todo el mundo está preparado para ocupar ese a menudo incómodo lugar del otro, y a éstos les recomiendo continuar recostados en las dormideras de su alienación para evitarse llagas en el espíritu del “nosotros”.

Del humor al amor; de la rabia a la resignación; de la tristeza a la euforia; la comunicación; la serenidad; el desequilibrio; la ira; la pérdida de referentes... Todo ello va conformando el escenario de un relato único, narrado en carne viva, que nos arroja en mitad de un país hasta ahora desconocido por el que el libro, de la mano de sus dos valientes autores, nos va a enseñar a transitar.

Ahora sólo basta atreverse a ello, no dejarse atrapar por el remordimiento y poner las bases para empezar a cambiar las cosas. Ahí radica quizá el secreto para aplanar un angosto camino que nuestros protagonistas y narradores están a punto de explicarnos con todo lujo de detalles y sin tapujo ni complejo alguno.

**JCP, El Papiol**

13 de julio de 2016

Capítulo I

## **Queremos tener un hijo... y no podemos**

Nunca he sido una madre sin hijos. Nunca he sido de esas mujeres cuyo objetivo primordial es tener un bebé, que siente desde su más tierna edad la necesidad de reafirmar su feminidad a través de una barriga abultada y llena de ¿promesas? Nunca he tenido la sensación de que de no tener un hijo algún día me perdería algo, o sería menos mujer por no aprovechar mis privilegios de género. Más bien lo contrario: en las pocas ocasiones en las que el tema de la maternidad ha surgido, la mayoría de veces con Pedro, siempre he pensado más en los motivos para no tener hijos... ¿Sería una buena madre? —siendo la pregunta más bien retórica y la mayoría de veces con una respuesta negativa— ¿Reproduciría con mis hipotéticos hijos la misma historia familiar que la que me hacía justamente preguntarme si sería bueno tenerlos? Paso palabra...

Tampoco me he despertado una buena mañana con la necesidad imperante de ser madre, al oír mi reloj biológico pegando puñetazos a la puerta de mi útero. El decidir ser madre —la palabra *decidir* tiene bastante gracia en un proceso en el que ni tu ni tu pareja tenéis ningún control del proceso, por mucho que lo pretendas con pautas, rituales de pre-apareamiento y post coito— fue más bien algo progresivo, como las visitas sucesivas de un galán a casa de su amada, con flores, chocolates, cumplidos y promesas. Quieres a la persona con la que llevas ya años compartiendo tu vida, y te preguntas si ese amor podría llegar a un nivel

aún superior por el hecho de crear “algo” nuevo a partir de los dos. Como si pudieses sublimarlo... A la par te invaden las dudas: «Estamos tan bien ahora, los dos solos, sin obligaciones ni compromisos, haciendo y deshaciendo a nuestro antojo. Nuestra vida pegaría un giro de 180°... ¿Cómo afectaría eso a nuestra pareja?».

A tu alrededor, tus amigos y familiares te venden las virtudes —y también alguna desgracia, para qué mentir— del hecho de ser padres: «Es lo más grande que nos ha pasado. Es duro, y te cambia la vida para siempre, pero nunca había sentido algo tan intenso ni hermoso».

Total, que un buen día y casi sin darte cuenta, después de muchas idas y venidas, pasas del más puro egocentrismo y pragmatismo, dejando a un lado los pormenores económicos y logísticos de la descendencia, y decides ser romántico:

«Amor, ¡vamos a tener un bebé!»

En ese instante, entras en una especie de segunda luna de miel: todo son corazones, fuegos artificiales, miraditas cómplices, caricias llenas de promesas... Te pones a ello con la misma energía con la que empiezas en un trabajo nuevo y pensando que el amor que sientes en ese momento —no solo hacia tu pareja si no hacia la vida como la percibes en ese momento— va a tener su recompensa, como ese aumento de sueldo tan esperado después de ser un trabajador constante y responsable. ¿Cómo podría ser de otra forma? Te encuentras de repente volviendo a hacer el amor con tu pareja como a los inicios, no porque de repente hayas recobrado la pasión de antaño —me gusta pensar que no se ha perdido, sencillamente ha sido matizada e incluso reforzada—, sino porque la ilusión de estar participando en algo que crees superior, casi divino, parece de repente darte alas. Flotas. Pedro ya adopta una tradición solemne: darme un beso en la tripa después de habernos fundido el uno con el otro, simplemente porque le gusta pensar que ha sido el primero en darle un beso a nuestro hijo. Y yo me emocionó al pensar que quizás en ese preciso instante podríamos haber hecho algo realmente grande, que trascienda nuestra vida entera y nuestra visión del mundo.

Un tema que hace unos meses apenas ocupaba una conversación entre amigos “recién estrenados padres” se vuelve prácticamente omnipresente. Te preguntas si este será EL MES, o qué rasgos tuyos o los de tu pareja podría llegar a tener. Vives situaciones tan paradójicas como darte cuenta de que has engordado un kilo, o cabrearte contigo misma por haberte pasado con la cena y el vino de las noches anteriores, para justo después sentirte ilusionada porque eso no tenga nada que ver con las proteínas y el alcohol, pero en cambio prometiéndote que en los días siguientes vas a moderar seriamente el consumo de drogas dulces como el café o el té. No vaya a ser que... Hasta me corto yo misma las alas en pleno mes de vuelta al cole en una tienda de moda, rodeada de ropa temporada otoño-invierno —mi sueño hecho textil—: «Para qué me voy a comprar esta falda tan mona, que seguro en unos meses ya no me vale... Mejor un jersey holgado, no sea que...».

Al principio no te das cuenta. Es insidioso, como una gotera. Las gotas van cayendo y van llenando el cubo hasta que no queda espacio para apenas nada más, lo cual no sería un problema... si el tan anhelado bebé llegase. Tendrías un montón de otros cubos que llenar. Pero no llega. Se hace esperar. Se hace desear. Le intentamos quitar hierro el asunto. Total, «los primeros meses son como un pre-calentamiento», «nada serio», «no hay de qué preocuparse»... Todas las grandes sesiones de deporte requieren estiramientos. Hasta llegamos a pensar que lo estamos haciendo mal, como si hasta la fecha no hubiésemos dado con LA manera, LA posición, LA alineación astral, LA posición lunar adecuada... o LA combinación perfecta de todas ellas.

Empiezas a comentar el asunto con amigos, ya padres, por supuesto. Y es que últimamente te das cuenta que todos tus amigos son padres, porque ya sólo ves ese aspecto de ellos. No son personas, no son parejas.

¡SON PADRES! Y muchos, desde su dilatada experiencia —ahora lo cierto es que me meo de la risa solo con recordarlo— te dan unos consejos médicos impagables, unos más *hippies* que otros:

«No hace falta tener sexo cada día ni de coña. Con que ocurra los días previos a la ovulación, basta» —consejo femenino, enfocado claramente al ahorro energético y la eficiencia del proceso reproductivo.

«Cuando hayáis acabado, pon las piernas en alto para que el semen no sea expulsado de inmediato» —consejo femenino, dado en su mayoría por mujeres que han llegado a un nivel de intimidad con su marido que no les importa hacer el pino puente con todas las vergüenzas al aire.

«Compraos unos tests de ovulación en la farmacia. Nosotros llevábamos unos meses intentándolo sin éxito y fue comprarlos y al mes siguiente: ¡DIANA!» —consejo masculino, seguramente pareja de la donante del consejo número 1.

«No lo hacéis lo suficiente. Cada día, y el fin de semana, varias veces» —consejo masculino, guiado clarísimamente por “el fin justifica los medios” o más bien sólo un medio pero en cantidades pantagruélicas.

Y yo, que soy una persona razonable pero también terriblemente pragmática y enfocada a resultados, pues caigo. El fin justifica los medios. Porque, al fin y al cabo, si a otros les ha funcionado, ¿por qué a nosotros no? Me pongo a calcular días fértiles, me compro tests de ovulación, y hasta hago el pino puente después de algunas sesiones de sexo cada vez más pragmático y enfocado a resultados. El sexo se vuelve un medio, no un fin en sí.

Y toda esa buena voluntad se da contra un muro, exactamente cada 28/29 días. Empiezas a temer a tu propio cuerpo: cualquier pequeño pinchazo en la tripa o un pequeño dolor lumbar son la muestra irrefutable que, un mes más, hemos fallado. Recuerdo que la primera vez que me vino la regla mi madre lo celebró como algo importante, un hito vital. Me había convertido en una mujer, y podría convertirme en madre. Nunca pensé que podría sentir tanta tristeza y tantísimo vacío, sentada sobre la taza del váter, notando como mis posibilidades de ser madre se escurrían lentamente entre mis piernas un mes tras otro. El frío que sientes en tus tripas contrasta terriblemente con el calor de ese líquido que llegas a odiar, literalmente. Te sientes sola y perdida, no lo entiendes... ¿Cómo puede ser? Y otra vez esa pregunta: ¿lo estaré haciendo todo bien? —puñetera Eva y la culpabilidad del pecado original. ¡Cómo te odio! Si tengo una hija un día, ese nombre está vetado—.

Llamo a Pedro, simplemente para darle la no-noticia, para intentar encontrar consuelo en él, mi roca, mi piedra. Y él, siempre optimista, me pide que me relaje. «No pasa nada. Simplemente, este mes no ha habido suerte. El mes que viene es el nuestro». Nuestras vidas son bastante estresantes —«*Métro-boulot-dodo*», me dice. «Ya verás cómo en cuanto dejemos de pensar en ello nos llega. Después de todo, sólo llevamos...» casi un año intentándolo—. Esa temida referencia temporal a la que mi ginecólogo aludió durante mi última revisión... sí, esa en la que llena de ilusión y candidez, le informé de mi intención de ser madre. Y ahí es cuando Pedro y yo hemos de admitir que, por mucho empeño, esfuerzo y ganas que hayamos invertido todos estos meses, debe de haber algo más allá de nuestro control que definitivamente nos bloquea el camino.

Desde que empecé a considerarme adulto siempre había querido un hijo, experimentar la paternidad. Por una parte quería continuar la buena labor de mi padre conmigo; por otra, supongo que como en todas las cosas y para todo el mundo, porque quería superarle en lo poco que pudiese. Recién estrenada la veintena, me proyectaba al futuro metido en una familia con hijos, aunque no tenía muy claros los detalles —alguno, ahora lo sé, tan rotundo como definir el tipo de pareja que formaría con mi esposa.

Pasaron los años, y este anhelo no fructificaba por falta de pareja.

Cuando conocí a Vanessa las circunstancias cambiaron: por fin tenía una pareja adecuada, inmejorable...

pero el momento no llegaba. Primero era su juventud; posteriormente, la estabilidad laboral y económica; en algún caso, el mero egoísmo de estar muy bien y no sentir ningún tipo de prisa biológica.

A medida que pasaba el tiempo, nuestra relación se afianzaba. Y un día, tras diez años y sin saber de qué manera, la temática “hijos” de repente entró sin anunciarse en nuestras conversaciones. En un principio de una manera casual y apresurándonos en confirmar que no incomodábamos al otro; más tarde hablando de un futuro más tangible, aunque todavía indefinido. Y llegó el día en el que nos miramos y, con una de esas miradas que valen más que mil palabras, nos dijimos que queríamos tener un hijo juntos. A partir de ese instante ella dejó los anticonceptivos y nos dimos dos meses, para “ponernos” en vacaciones, en nuestro paraíso almeriense.

Es ese momento en el que ya no puedes escaparte a hacer planes. Empiezas a bromear sobre lo que podemos tardar, a comentar sobre la ropa de ese verano y si le valdrá al siguiente —o tal vez vaya muy bien y haya que ser precavidos con la de invierno—. Esa habitación que tienes abandonada ya empieza a recibir planes para acoger un dormitorio, para pintarla... Porque tardará uno o pocos meses, pero será necesario.

Y es entonces que la relación de pareja cambia. De golpe te sientes como si empezases nuevamente la relación, perdiéndote en miradas cómplices, en promesas no pronunciadas, en futuros que flotan entre los dos, ahora siempre con un hijo que ha de llegar de manera inevitable.

Con todos estos planes en la cabeza, yo no pensaba con detenimiento en el tipo de padre que quería ser, ni en definir unas líneas maestras a seguir, o en los valores a inculcar. Supongo que pensaba que había tenido un buen ejemplo y que simplemente, debía transmitir lo mismo... y hacer un poquito más. No se me antojaba necesario plantearse cómo ser padre, porque eso vendría solo, tal vez como un manual colgado del cordón umbilical. En esa fase, la paternidad es romántica y ha de ser simplemente el fruto del amor y resultado de la segunda luna de miel en la que has entrado de lleno. Ahora lo miro con perspectiva, aún sin un hijo en brazos, y me parece un planteamiento egoísta, porque “quiero” tener un hijo, sin pararme a preguntar qué podrá querer él o ella el día de mañana. Nosotros “queremos” nuestro bebé y cuando nazca, como tantos otros bebés que nacen a diario, ya nos enfrentaremos a esa realidad. En otras ocasiones, en un ejercicio de falsa magnanimidad, piensas en darle lo mejor, todas las oportunidades académicas y económicas que estén en nuestra mano para que triunfe, porque “quiero” que sea un triunfador al estilo más meritocrático *made in America*. En definitiva, “quiero”, como tantos padres, proyectar mis anhelos y ambiciones, y de esto no me daba cuenta.

Pero sin embargo el destino no quiere. Cuando falla el primer intento, aparecen sensaciones contrapuestas: por un lado, el obvio «no es tan fácil» y, por otro, el «¡pero si lo hemos hecho todo bien!». Y ahí te quedas agarrándote a la primera opción porque no es, en ese momento, cuestión de poner en duda aquello para lo que la naturaleza nos ha puesto sobre la faz de la Tierra. Y van pasando los meses, y cada menstruación es recibida en casa con dolor y aflicción. En algún caso, si se retrasa dos días, ya estamos cruzando los dedos, pero al final siempre retorna la evidencia roja de que nuestros sueños serán postergados, al menos, un mes más. Los primeros meses se encuentran excusas perfectamente válidas, como viajes de trabajo en los días fértiles o bien situaciones de estrés. Pero cuando la suma de todas esas decepciones llega a 9 meses es complicado no preguntarse si todo va bien. Empieza por una pregunta inocente, por una sensata idea de acudir al médico. Pero la angustia va creciendo porque pasa otro mes y no llega, de modo que, en mitad de un ataque de pánico, tras preguntarte si no estará nuestra ilusión construida sobre un frágil cristal que se desmorona, te encuentras ante un ginecólogo y un urólogo explicándoles el caso y rogándoles en silencio que refuercen esta ilusión que has construido durante el último año. Y si bien en un principio todo son palabras de ánimo confirmando que un embarazo normal puede costar tiempo, tras la llegada de los resultados de las numerosas pruebas prescritas “para ir descartando”, esas palabras de ánimo son sustituidas por un mazo que

comienza a quebrar nuestras ya frágiles ilusiones en mitad de diagnósticos médicos adversos, pruebas clínicas y alguna que otra cirugía, de las que hablaremos más tarde.